

la víctima de la saña fraternal un dechado de virtud heroica, que en vez de volver mal por mal, como aconseja la venganza, vuelve bien por mal, última palabra de la moral cristiana.

## VI

«El amor platónico siempre lo tuve por quimera en agravio de la naturaleza, porque se hubiera acabado el mundo. Mal amante llama Platón al que ama el cuerpo más que el alma, haciendo argumento que ama cosa instable, porque la hermosura falta y se desflora por edad ó enfermedad, y es fuerza que falte el amor ó se disminuya, lo que no haría amando el alma..... Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada uno de estos dos individuos se han de gozar amando el uno por los brazos y el otro por los oídos.»

Estas palabras, puestas en boca de D. Bela,<sup>1</sup> expresan claramente el concepto que del amor tenía Lope, y que vemos repetido en varias de sus obras. Y esto se comprende. Naturaleza apasionada y enérgica, inteligencia poderosa que se elevaba á las más altas esferas del pensamiento, el amor, en el insigne dramaturgo, no podía ser esa abstracción metafísica que brota de la lira de Petrarca, para convertirse más tarde en el delirio enfermizo y gemebundo

<sup>1</sup> *Dorotea*.—Acto 2º, escena 5ª.

de la romántica moderna; ni tampoco el sensualismo refinado de los eróticos antiguos, cuya lira recorría toda la gama de la pasión carnal. La filosofía de Lope en este punto es la que más se conforma con la realidad: él no trunca la naturaleza humana so pretexto de ennoblecirla, ni mucho menos la rebaja al incentivo puramente animal: acepta al hombre tal cual es, y en la dualidad de tendencias opuestas que caracterizan su vida moral, reconoce la legitimidad de ambas como elementos constitutivos del amor verdadero.

Sobre esta base bien definida se desarrolla todo el drama erótico de Lope, producto espontáneo de aquel privilegiado espíritu, refractario á toda paradoja, á todo extravío fantasioso, fuera de la línea trazada por una razón sana en que no cabía nada nebuloso y problemático. En medio de los azares de su larga vida pudo nuestro poeta conservar una vista clara de la realidad, iluminada por la luz de su genio, embellecida por su brillante imaginación, y vivificada por el caliente soplo de una sensibilidad inagotable. Allí está el secreto de esas creaciones femeninas llenas de vida, de frescura, de gracia, ardentemente apasionadas, y dispuestas á toda clase de sacrificios en favor del objeto amado. En el hombre la pasión es más impulsiva, más violenta, y hasta más egoísta; pero ese contraste con la profundísima ternura y abnegación de la mujer, que le asignan una alta superioridad moral, da origen á multitud de complicaciones dramáticas que supo explotar ad-

mirablemente el creador del teatro español. Fácilmente se alcanza la dificultad de presentar en un cuadro dramático la génesis de esa pasión que ocupa lugar prominente en el curso de la vida humana; sin embargo, Lope, que gozaba con afrontar y vencer obstáculos que harían echar pie atrás á dramaturgos de menor talla, nos ofrece una creación cuya originalidad y cuyo sentido la hacen digna de todo elogio.<sup>1</sup>

Leonido es un joven á quien las circunstancias han colocado en situación extraordinaria. Abandonado en una montaña cuando apenas acababa de ver la luz, es amamantado por una leona, y recogido y educado por un pobre ermitaño. Desde su infancia hasta la edad juvenil á que había llegado, no tuvieron sus ojos otro espectáculo que el de una naturaleza salvaje, ni más seres vivientes, fuera de su maestro y las alimañas que la poblaban. Las lecciones que había recibido no eran á propósito para hacerle desear el comercio con sus semejantes, pues iban inspiradas por la honda misantropía que es el fruto de amargos desengaños. Llega empero un momento en que privado por la muerte, del compañero único que el destino le había concedido, y acosado por el hambre, sale de su retiro á pedir socorro en una aldea cercana; mas su aspecto montaraz espanta á los sencillos campesinos, que creyéndole un monstruo peligroso, huyen en precipitada fuga, extendiendo

<sup>1</sup> *El hijo de los leones.*

en toda la comarca el terror de que se sienten poseídos. Entretanto, Leonido se adelanta en vertiginosa carrera, y de repente, en la senda desierta que sigue, se detiene ante una mujer, que no pudiendo alcanzar á los fugitivos, había caído presa de un desmayo.

El joven salvaje queda absorto en la emoción desconocida que instantáneamente se ha apoderado de él; sus sentidos se embriagan ante aquel milagro de hermosura; quisiera acercarse á ella, tranquilizarla; pero á esa atracción irresistible se sobrepone el respeto, la adoración, que casi se confunde con la altísima idea de Dios que su maestro le había inspirado.

¿Ha hecho naturaleza  
Tanta gracia y hermosura,  
Puesto que el temor procura  
Robar parte á su belleza?  
Cuando entre aquesta aspereza  
Fíleno no me enseñara  
Quien era Dios, sospechara  
Que tenía gran poder,  
Y era Dios quien supo hacer,  
Mujer, tu divina cara.

La evolución se ha iniciado enérgica, violenta como tenía que ser en aquella naturaleza primitiva. Sus ideas y sentimientos han tomado un rumbo muy distinto del que habían seguido hasta entonces, y al volver á la montaña y darse cuenta de la transformación que en todo su sér se había efectuado, exclama con cierta amargura:

Ya no soy aquel que vistes;  
Otro vengo del que fui;  
Que ya no hay señal en mí  
Del alma que me pusistes.

Objeto de merecidos elogios ha sido la escena de *La vida es sueño*, en que se ve trazada de mano maestra la revolución que se efectúa en el alma de Segismundo á la vista de Rosaura, impresión rápida y profunda que la belleza femenina produce en el corazón del pobre prisionero, privado de toda comunicación con sus semejantes. La semejanza de esa escena con la que acabo de citar del drama simbólico de Lope, hace suponer que Calderón se inspiró en ella logrando producir una de las mejores que embellecen el famoso drama; paréceme, no obstante, que sin rebajar el mérito indiscutible de la obra calderoniana, la creación de Lope queda superior bajo cierto aspecto, pues el monólogo es la forma que mejor se adapta para expresar la serie de ideas y sentimientos que se despiertan de un modo espontáneo, sin que venga nada exterior á interrumpir ó á desviar su curso, como tiene que suceder en el diálogo: sin olvidar el vivo colorido, la expresión candente, que nos hacen penetrar en el misterio psicológico que se revela á nuestro espíritu.

Pero sin remontarse al mundo de las hipótesis; sin traspasar el sólido campo de la realidad, Lope nos presenta la historia de uno de esos amores profundos, inmensos, que dejan grabada en el alma su memoria con caracteres de fuego. Aquí no es ya la fic-

ción poética la que viene á sacudir los nervios del espectador; no es la urdimbre artificial en que aparecen seres vaciados en las recias matrices de una imaginación poderosamente creadora; es la desdichada aventura de un personaje real, de un guerrero valiente, de un poeta inspirado, que sucumbe bajo los golpes del destino, sin más culpa que haber amado con amor infinito, con amor sublime, con esa abnegación heroica que sólo cabe en las almas de altísimo temple.

¿Qué asunto más digno podía caer bajo la pluma del gran dramaturgo? ¿Dónde encontrar materia más adecuada al bello ideal de una pasión desenvuelta en todas sus energías, en todos sus misterios, y que afronta cuantos obstáculos se oponen á la satisfacción de sus insaciables aspiraciones? *Porfiar hasta morir* es el título compendioso de esa obra, en que Lope transfundió su alma entera por una serie de escenas de verdad palpitante, engarzadas con primor artístico, y cuyo interés no desmaya un solo punto hasta llegar al sangriento desenlace.

El héroe de la pieza es Macías, el poeta del siglo XV, que ha pasado á la posteridad con el epíteto de *enamorado*, más célebre que por sus versos, por la pasión desgraciada de que fué víctima. Muy diversas son las relaciones que nos han llegado de aquel memorable infortunio, pero todas ellas convienen en dos puntos capitales, la circunstancia de ser casada la dama que ocupó los pensamientos de Macías, y la muerte de éste á manos del celoso marido. El

triste acontecimiento dejó tan viva impresión, que desde entonces ha sido asunto de poetas y novelistas, entre cuyas producciones merecen mención especial *El doncel de D. Enrique el doliente y Macías el enamorado*, del distinguido escritor D. Mariano José de Larra.

Lo incierto y contradictorio de las noticias acerca de Macías, favoreció á Lope para idear sobre los datos positivos que se conocen, un drama que por su originalidad y su belleza bien merece el alto lugar que ocupa en el antiguo teatro español.

Macías, acompañado de su criado Nuño, se dirige á Córdoba, provisto de una carta de recomendación que D. Luis Alvarez de Toledo le ha dado para su primo el Maestre de Santiago. Este, que á la sazón andaba de caza, extravía el camino y se ve asaltado por tres rufianes que tratan de robarlo; pero en esos momentos ocurren Macías y Nuño que ponen en fuga á los ladrones. Aquella dichosa aventura abre las puertas del favor al poeta, que llevado de su inclinación había abandonado las letras por las armas: la Condesa, informada ya del suceso, le recompensa con una valiosa cadena, á la vez que el Maestre lo admite en su servicio con muestras de particular distinción.

Pero ¡ay! en aquel momento, cuando tan risueña y propicia se mostraba la fortuna, se abría á los pies del infeliz doncel el abismo en que más tarde habría de hundirse. Acompañaba á la Condesa, la bella Clara, que instantáneamente produce en el alma de Ma-

cías una de esas impresiones profundísimas que deciden de la vida. No ha vuelto aún del deslumbramiento que le causó tanta hermosura, cuando aparece Tello, encargado por el Maestre de señalarle posada. Macías, entonces, después de una tierna y apasionada descripción de la doncella, interroga al enviado en estos términos:

Dijome abriendo un cielo por dos rosas,  
Que se llamaba Clara y claro estaba,  
Que si el nombre conviene con las cosas  
En él su claridad significaba:  
Suplícoos me digáis, pues sus hermosas  
Partes os dije, aunque mi amor bastaba,  
Quién es, qué calidad, para que intente  
Servirla y adorarla honestamente.

A lo que contesta Tello:

Señor Macías, esa bella dama,  
Sirviendo á mi señora la Condesa,  
Tiene de honesta, como hidalga, fama,  
Y en todos actos la virtud profesa.  
Un caballero que la quiere y ama,  
Y que públicamente lo confiesa,  
La sirve agora y de casarse trata;  
Y ella, aunque honesta, no le mira ingrata.

Tratan ya de casarlos el Maestre  
Y mi señora la Condesa: en tanto  
Le dan licencia que con fiestas muestre  
Su gallardía de esta tierra espanto.  
Si amor os ha cegado, que os adiestre  
Será razón, con advertiros cuánto  
Importa que dejéis, pues no os importa,  
Una esperanza que nació tan corta.

Esta es la dama y la belleza rara  
Que amáis. Disculpa fué, que es gentil moza,  
Esta es la Clara, y porque sea más clara,  
Es Tello de Mendoza quien la goza.

MACÍAS.

Pues ya que me habéis dicho quién es Clara,  
Decidme quién es Tello de Mendoza.

TELLO.

Luego, ¿no lo sabéis?

MACÍAS.

Deseo sabello;  
Que le quiero envidiar.

TELLO.

Pues yo soy Tello.

La situación, con tanto arte preparada, se ha definido. La pasión de Macías no es ya un misterio para Tello ni para Clara; él mismo se ha descubierto; pero lejos de prescindir ante la sorpresa y el desengaño de saber que existe un obstáculo que mata en flor sus esperanzas, se decide á luchar, pues las dificultades sólo sirven de estímulo al amor que le abraza. En vano trata Nuño de disuadirlo, haciéndole presentes los graves peligros á que se expone; Macías reconoce la razón que asiste á su fiel criado, pero como todo aquel que abriga una pasión vehemente, procura disculparse á sus propios ojos con pretextos fútiles que justifiquen su atrevida empresa. Por su parte, Clara, que ni en un ápice desmiente la eleva-

ción de su noble carácter, reúne al mismo tiempo la ternura y la gracia femeninas. y en vez de rechazar con aspereza los homenajes de su adorador, prueba cierta satisfacción en verse celebrada por el joven poeta, á quien hace comprender en los términos más corteses, el deber que entre ellos se interpone como una barrera insuperable.

La inocente curiosidad de la joven está bien expresada cuando reconviene á su doncella Leonor por haberla visto hablar con Nuño.

CLARA.

¡En conversación los dos!  
Leonor, ¿es término honesto?

LEONOR.

Dióme ese loco un papel  
De unos versos de Macías.

CLARA.

¿En eso te entretenías?

LEONOR.

¿Tengo yo que hablar con él?  
Como aqueste hidalgo ha dado  
En quererte, hablaba en ti.

CLARA.

¿Son esos los versos?

LEONOR.

Sí;  
Que tiene ingenio extremado.

CLARA.

Muestra.

LEONOR.

¡Tan presto! ¿Es mudanza  
De tu honesto proceder?

CLARA.

Pues, Leonor, ¿á qué mujer  
Le pesa de su alabanza?

LEONOR.

Escóndelos, que ha venido  
Tello.

En efecto, llega su futuro á despedirse por tener que marchar á la guerra, pues Enrique III ha dispuesto defender sus fronteras de las incursiones de Almanzor, rey de Granada, confiando la empresa al Maestre de Santiago. En esta escena bien corta y desabrida, Clara no da muestra de sentimiento por la partida de Tello, preguntándole simplemente á dónde va: véase en cambio como contesta á Macías, que llega á despedirse con el mismo objeto:

MACÍAS.

Oíd, señora.

CLARA.

¿En qué os sirvo?

MACÍAS.

Yo voy por vos á la guerra.

CLARA.

¿No decís más?

MACÍAS.

Bien podría;  
Pero falta quien me entienda.  
Yo os amo desde que os vi  
Con fe tan pura y honesta  
Que os quisiera dar mil almas;  
Si ésta queréis, será vuestra.  
Y aunque vos no la queráis,  
No es posible que ya pueda  
Vivir conmigo sin vos.  
Dadme, señora, una prenda  
Para que me sirva de alma,  
Mientras aquí se me queda;  
Que os prometo, á fe de hidalgo,  
Que sin despojo no vuelva,  
Aunque me cueste la vida,  
Que anima vuestra presencia.  
¿Qué decís? ¿En qué pensáis?

CLARA.

Há poco tiempo que fuera  
A ese amor agradecida;  
Que era mía, y soy ajena.  
Trata casarme con Tello  
Mi señora la Condesa;  
Y aunque no me ha dicho nada,  
Basta saber que concierta  
Su Señoría estas bodas  
Para que yo la obedezca.  
Creedme, á fe de hidalgo,  
Que ese amor agradeciera,  
Porque vos lo merecéis.  
No puedo, dadme licencia. . . . .

El Maestre vuelve triunfante; la guerra ha tenido un feliz éxito, y como es de suponerse, Macías se ha